

LA GRAN DERECHA

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

DESPUES de los dos veintitrés golpistas de nuestra reciente historia la gran derecha, un viejo proyecto continuamente aplazado o desplazado por la coyuntura, ha vuelto a reaparecer en el escenario político. Frente a la tesis del gobierno de coalición, que la izquierda sostiene con el mismo énfasis que una parte de ella sostenía hasta hace poco el gobierno de concentración, un sector de Unión de Centro Democrático acaba de proponerla como la salida más idónea y viable de la actual crisis política en la que nos encontramos. Aunque, quizá, sea más exacto decir que se trata de una fracción de dicha familia ideológica, puesto que tanto monta monta tanto en democracia cristiana Oscar Alzaga, que lanzó desde la tribuna del Club Siglo XXI la operación de reunificación de toda la derecha, como Fernando Alvarez de Miranda, que continúa defendiendo la coalición gubernamental con los socialistas.

Y es que se trata de un objetivo con muchos más padrinos que este grupo o subgrupo del partido centrista, que, en realidad, se limita a importar la fórmula en el interior de la organización centrista. Coalición Democrática, y a su cabeza Manuel Fraga, es quien tiene la patente original del invento de la gran derecha, siendo socios minoritarios directos o indirectos en el lanzamiento de la maniobra grupúsculos o individualidades políticas como Antonio Garrigues Walker o Félix Pastor. Planteamiento, lógico por su parte, dado que a través de esa «derecha río» que predicaban, dejarían de ser simples afluentes o secos arroyos políticos. En la gran derecha se moverían como pez en el agua; agua de la que carecen hoy y que necesitan para lograr el milagro de que los peces pequeños, los compadres de la operación, se coman al pez grande, Unión de Centro Democrático.

Normal y coherente porque dentro del contexto o entorno político en el que nos hallamos, donde prácticamente no hay organización o líder que no trate de rentabilizar la amenaza de golpe de estado en su favor en lo externo o en lo interno, los promotores de la gran derecha desean extraer la máxima plusvalía poli-

tica de la dinámica involutiva generada en este país; desde que dimitiera, por razones todavía desconocidas y no explicadas por el interesado, el primer presidente democrático y constitucional de la joven y muy frágil democracia española. Amenaza de golpe de estado repleta de «royalties» políticos a diestro y siniestro de nuestro abanico político.

¿Quién tiene la hegemonía?

Es obvio que el punto débil de esta tentativa reside en que carece de programa alternativo. La gran derecha no es una opción programática distinta a la existente en el palacio de la Moncloa. Si repasamos brevemente la

grama, ¿Quién lo aplica? es el dilema que subyace en esta controversia. Para sus patrocinadores ya no es de recibo que la hegemonía política resida en las manos exclusivas de una Unión de Centro Democrático en la que no se encuentran o que no dirigen. La nueva situación política, creada por la dinámica de la amenaza golpista, justificaría en su opinión una redistribución de los papeles hegemónicos. Si el peligro golpista ha roto la mayoría aritmética, al basarse en una pura y simple correlación de fuerzas entendida en el sentido más literal de la expresión, se impone una mayoría política en función de la fuerza y no de los escaños.

Así la gran derecha no nace como rechazo del centro-izquierda, mucho menos de la unidad de los socialistas



Oscar Alzaga, Miguel Herrero de Miñón y Fernando Abril Martorell.

nueva orientación que Leopoldo Calvo Sotelo ha imprimido al partido gubernamental observaremos rápidamente que la gran derecha no tiene la más mínima alternativa: el stop autonómico ha agotado su capacidad de frenada en términos democráticos; la reordenación de la política exterior con la irreversible integración de España en la OTAN los deja sin argumentos; la restricción de las libertades públicas es la máxima posible en un marco constitucional y el reforzamiento del concepto de orden público es lo máximo tolerable en un sistema democrático, etc. Más allá no hay alternativa golpista.

No está ahí la clave de la cuestión que plantea la gran derecha, sino en la aplicación ejecutiva de dicho pro-

gramma, sino de la superación de la política de centro-derecha que Leopoldo Calvo Sotelo viene manteniendo desde su investidura parlamentaria. Es un paso adelante, o un paso atrás según se mire, en relación con la política presente; en la que los centristas cuentan con el apoyo crítico de Coalición Democrática prácticamente gratis. Hoy es el partido gubernamental quien, a través de su línea programática, obliga a los demás grupos o grupúsculos de la derecha a apoyarle so pena de caer en el descrédito político de cara a sus respectivas bases sociales. Aprovechando que la democracia se encuentra entre paréntesis persiguen obtener lo que las consultas electorales no le proporcionaron o los pactos parlamentarios no permitieron.



Leopoldo Calvo Sotelo y Antonio Garrigues Walker en la última reunión de la Asociación para el Progreso de la Dirección.

Difuminar UCD

Lógicamente quien obstaculiza esta tentativa de nuevo reparto del botín del ejecutivo es quien, en su momento, supo capitalizar el éxito de la transición imponiendo el modelo de salida que convenía a la derecha frente al que defendieron hasta un cierto punto, grado y fecha las fuerzas de izquierda. De ahí que siempre haya sido Unión de Centro Democrático la barrera a sortear: imposible disputar a un gran partido la hegemonía del proceso si antes no se le derriba del pedestal. De lo contrario, no tendría ningún sentido ofrecer la alternativa de la gran derecha si existe previamente un gran partido de la mayoría de la derecha que se mueve en un marco constitucional y democrático.

Operación derribo que se encuentra actualmente en su tercera fase. Primero, fue la campaña por la democratización interna de Unión de Centro Democrático y el descabezamiento de su principal líder de entonces (otoño e invierno 1980-81); luego, la inversión de alianzas del partido gubernamental rompiendo la «entente cordiale» con las minorías nacionalistas vasco-catalana, inequívocamente de derechas, para sustituirla por una estrecha relación con Coalición Democrática (primavera 1981); y, ahora, la ofensiva para transformar cualitativamente esta alianza de «facto» en una unión de «iure».

Objetivo en el que coinciden una Coalición Democrática, prácticamente fraccionada y dividida como ningún otro grupo parlamentario; hombres puentes entre UCD y CD sin base social y mayor apoyo que su propia personalidad como Félix Pastor; jugadores políticos sin equipo hasta ahora sentados en el banquillo de los suplentes esperando el relevo como Antonio Garrigues Walker y un sector de Unión de Centro Democrático que no ha logrado hasta aquí invertir las siglas UCD por UDC como los demócratas cristianos. A la vez, cada

uno de ellos pretende ser el «primus inter pares» de esta gran derecha: Manuel Fraga estima su personalidad, los demócratas cristianos valoran su organización y Antonio Garrigues confía en sus recursos económicos.

Eje de esta táctica difuminatoria es la intensificación de la campaña periodística, a través de medios de comunicación que controlan y que ya jugaron un papel en la defenestración de Adolfo Suárez, en torno al deterioro electoral de Unión de Centro Democrático potenciando las expectativas electorales del Partido Socialista Obrero Español. Mediante la instrumentalización de sondeos se busca crear una sensación de inseguridad, el avance de la izquierda y la desorganización de la derecha, que sólo puede rellenar la gran derecha.

Obstáculos escalonados

Sin embargo, no va a ser un paseo militar. La política de envolvimiento de Unión de Centro Democrático, en el amplio magma de la gran derecha, está repleta de obstáculos a corto, medio y largo plazo. Por diferentes razones, completamente antagónicas y contradictorias, los centristas, los sectores golpistas o paragolpistas de la sociedad española y las organizaciones de izquierda confluyen en obstaculizar realmente, los dos primeros, y potencialmente, los terceros, esta maniobra política.

A corto plazo encuentra la inmediata negativa de Unión de Centro Democrático, por la sencilla razón de que, como cualquier organización humana de todo tipo, no tiene vocación suicida. ¿Por qué compartir la hegemonía cuando quienes la reclaman carecen de base social o se apoyan en muy restringidos círculos electorales? Sobre todo cuando estos últimos están condenados a votar parlamentariamente con el partido gubernamental salvo que la gran derecha se plantee desbordarlos por su izquierda. No hay razones políticas, económicas o sociales, al menos hasta

el momento, para que Unión de Centro Democrático ceda poder a quien no tiene capacidad para forzar dicha cesión, sino que busca capitalizar una presión extra-parlamentaria sin tampoco representarla.

Tan es así que los que organizan esta presión, los sectores golpistas o para golpistas, ven a medio plazo en la gran derecha el grupo que trata de hurtarle su hipotética futura victoria política. La estrategia de estos núcleos no democráticos, que tiene la iniciativa política desde el pasado 23 de febrero, persigue radicalizar la situación en su favor y no en beneficio de la gran derecha. La erosión y el deterioro del Gobierno, que tan hábil como audazmente realizan, la efectúan únicamente en una sola dirección política: la reinstauración de un sistema autoritario. Y la gran derecha aparece en este terreno como un importante competidor que impide la extensión de la base social golpista.

Y si superasen estos dos obstáculos presentes la gran derecha tropezaría con el gran obstáculo potencial de la unidad de las izquierdas. Por muy imposible que aparezca hoy tal posibilidad —el abismo entre socialistas y comunistas es infranqueable—, la concreción de esta maniobra entrañaría una línea unitaria de la izquierda española. Con lo que las consecuencias políticas de esa gran derecha se volverían contra los intereses de toda la derecha social al provocar una bipolarización política del país y un enfrentamiento de bloques sociales contrapuestos.

Todo ello sin contar con que el «timing» de la política española es tan acelerado que no va a dejar tiempo para este ensayo políticosocial. Aquí y ahora no hay más dialéctica posible que la que gira sobre el binomio democracia-golpismo sin dejar lugar, espacio y tiempo para operaciones políticas como la que hemos comentado. Dicho de otro modo: entre el Gobierno de Calvo Sotelo y un hipotético gobierno autoritario no hay gobierno intermedio; entre Unión de Centro Democrático y la resurrección del Movimiento Nacional o la Unión Nacional no hay gran derecha posible, porque la coyuntura política actual no ofrece más que dos versiones optativas de la gran derecha: una, democrática concretada en Unión de Centro Democrático; y otra, autoritaria representada por el golpismo. ■